

## ***Cuentos para la Infancia y el Hogar | 2010***

*Texto para la exposición Cuentos para la Infancia y el Hogar de Catalina Schliebener. Galería Bisagra  
Arte Contemporáneo, Buenos Aires, Argentina.*

*Text for the exhibition Cuentos para la Infancia y el Hogar, by Catalina Schliebener. Bisagra Arte  
Contemporaneo gallery, Buenos Aires, Argentina.*

*\* Spanish only.*

### **Niños en el tiempo Iván Moiseeff**

Todos estuvimos ahí, en el bosque. Recuerden: cuando levantábamos la cabeza, el ramaje rayaba el cielo, había conejos vestidos con pantalones de tweed y camisas escocesas, princesas desfallecientes, ogros, agujas que cuando pinchaban a alguien provocaban que todo un reino durmiera cien años, animales que hablan, fuman, juegan a las cartas, hombres de hojalata, vivimos varias existencias, entramos al rancho de la bruja, fuimos envenenados, nos sentimos perdidos, nos asomamos a pozos que conducían a otra dimensión y resbalamos dentro.

Las imágenes de nuestra infancia están atravesadas por los paisajes de los cuentos infantiles. Un espacio que crecía en penumbras mientras voces adultas –o las nuestras– leían oraciones que empezaban con “En un reino muy lejano” o “Había una vez”. Así se lee en la niñez: abris un libro y la habitación empieza a difuminarse, las raíces crecen sobre el escritorio, la maleza trepa por la cama y, de repente, ya estamos en un bosque encantado, en una tierra imaginaria.

“Cuentos para la infancia y el hogar”, la nueva serie de collages de Catalina Schliebener, nos devuelve a ese país mental. Para componerla, Catalina se sentó con su biblioteca infantil y la desguazó. Arrancó las páginas de los libros, recortó figuras humanas, animales, paisajes y los reensambló en un nuevo territorio: un Xanadú trastornado, donde niños y adultos con rostros y miembros incompletos se suspenden sobre un espacio de árboles, lagunas, flores inmensas y hasta animales a la carrera convertidos en texturas.

La atmósfera de la serie se liga al atlas de territorios encantados que desatan la ansiedad, como los recintos vacíos en las películas de David Lynch, con el ruido de parlantes saturados de fondo, el campo de flores de Oz, que emanan un perfume somnífero, o los lugares fantásticos de la serie televisiva Twilight Zone, como el bosque donde una persona vuelve a vivir el mismo instante ad eternum.

“Cuentos para la infancia y el hogar” convierte nuestra propia cosmovisión infantil en uno de esos territorios y nos invita a revisitarlo. Pero apenas nos internamos nos

invade una sensación extraña, como si alguien hubiese revuelto y desordenado nuestros recuerdos, como si fuéramos intrusos de aquello que fuimos.

Parte de esta sensación de extrañamiento surge de las imágenes que generan las superposiciones del collage: nuevos cuerpos, nuevos espacios, nuevas acciones. Estas figuras están fuera de los bordes de la literatura infantil, de su sentido normativo y admonitorio. A mí me gusta ver en ellas, en su potencia abstracta y arrolladora, algo del orden del augurio: un anuncio de todo lo que nos esperaba en nuestra vida que no había sido advertido en esas narraciones y que, como adultos, atravesamos.

La sensación de extranjería también actúa gracias a la técnica de recorte –un clásico en el trabajo de Schliebener– que hace resonar un sentido de falta en nuestra propia existencia. Pero, ¿cuál es la pérdida que descubrimos al visitar nuestras imaginerías infantiles? Mientras recorremos los cuadros, pasando los dedos por los árboles de colores gastados en nuestra imaginación, lo descubrimos: en esos paisajes de nuestra infancia todo estaba empapado por el porvenir, su lectura era como dar un mordisco a todo lo que nos esperaba ahí, del otro lado de la frontera de los adultos, cuando creciéramos: un mundo donde la aventura se agazapaba detrás de cada hora.

“Cuentos para la infancia y el hogar” nos invita a recorrernos y, para eso, recrea un magnetismo de la oscuridad, como el camino tenebroso en las ilustraciones de cuentos para niños. Su visión nos causa pavor pero, a la vez, deseamos adentrarnos en su profundidad. No podemos resistirnos, como si nos impulsara un hechizo. Todos estuvimos ahí.

